

El viaje

Nº 384

OCTUBRE 1965

Eº 0,80





GLOSARIO ARTISTICO

Por OLGA ARRATIA

PARA Marta Colvin repicaron gloriosamente las campanas del triunfo en la reciente Bienal de Sao Paulo, al obtener el primer premio Internacional de Escultura.

Marta Colvin y Chile: acá el corazón se nos agrandó de alegría y orgullo; allá, las voces de nuestros compatriotas repetían ambos nombres, emocionadas por el triunfo.

Hace muchos años, nuestra revista entrevistó a la escultora cuando su nombre ya empezaba a romper las fronteras de Chile.

Su vida y su carrera no fueron fáciles, como muchos creen. Sólo su carácter, de empecinada búsqueda, le franqueaba todos los ambientes y la hacía acometer todas las empresas que le abrieran una brecha de luz para el ansia creadora de su espíritu que convulsionaba sus manos.

En 1938 parte becada a Francia. Fue esa la alborada de un nuevo sol que produjo un impacto de torrente en sus ojos. Vivió año y medio en contacto con los grandes maestros y, por primera vez, su obra formó parte de una exposición colectiva que la hizo encantar a la crítica francesa. Regresó a Chile y fue favorecida, nuevamente, con una beca del

British Council de Londres, durante seis meses. Volvió de nuevo a Francia y realizó su primera y ambiciosa exposición individual en París, en la Galería Verneuil, con un resultado de crítica que alentó, unánimemente, a la escultura chilena.

En Francia (Marta Colvin tuvo la suerte de encontrar seres que reconocieron su capacidad y le dieron la magnífica oportunidad de viajar) hizo estudios en la Academia de la Grande Chaumière, con el escultor Zadkin, que dejó en la artista una huella imborrable: admiración que se extendió, con igual intensidad, al gran escultor inglés Henry Moore. Allí, en ese medio, Marta Colvin encontró sus alas: necesitaba ese ambiente de energía, sacrificio y obstinación para liberar de trabas su audacia espiritual que la hizo lanzarse a decir, a expresar y a dar forma a todo lo que germinaba en ella y vanamente retenía.

Ya estaba en su campo sin fronteras. Nadie retenía sus impulsos audaces. Al contrario, las manos de sus maestros se tendían a ella aliviando sus alas: sur-

gian, liberadas, sus ambiciones. Aparecían vivas las figuras más audaces, más representativas del momento vivido y, cada vez, más ceñidas a su mirada. La escultura monumental de Marta Colvin empezaba a perfilarse con su violenta personalidad. Miles de ojos la siguieron —y la seguimos— con admiración.

La piedra, la madera y el bronce mantienen su plática permanente con la escultora que, enamorada de ellos, les arranca su propia vida. Todas sus vicencias se encarnan y se funden en los diversos materiales que ella trabaja y que forman las voces diferentes que se escuchan en el diálogo íntimo —a veces desafiante— entre la genial artista y las materias que ella anima.

Marta Colvin ha roto con la escultura del pasado; sus formas son nuevas, aladas, atrevidas. Se coloca, desafiante, frente al momento que vive la humanidad. Sus obras cobran una dimensión nueva, un movimiento agudizado más allá de la percepción de todos los mortales. Dan una visión que sobrepasa la mirada del espectador, que se siente sorprendido, aplastado, pero deslumbrado por la grandiosidad de sus formas.